

Es necesario que luego
lo arrojen á lo profundo
del mar; porque tan inmenso
atãud, tan grande fosa
necesita sin remedio.

¿Sabeis por qué causa pido
caja tan grande?... Es que pienso
enterrar tambien en ella
mi amor y mis sufrimientos.

REGRESO

I.

En mi vida tenebrosa
una luz dulce brilló
otro tiempo: la luz dulce
más tarde se disipó,
y me vëo rodeado
de tinieblas y pavor.
Como cuando el niño á oscuras
con inquieta agitacion,
muerto de miedo, se pone
á cantar en alta voz
para desterrar su angustia,
niño loco tambien yo,
en mis tinieblas me pongo
á cantar... Si mi cancion
armónica no resuena,
á lo ménos disipó
más de una vez las angustias
de mi pobre corazon.

II.

Yo no sé qué significan
mi pesar, mi abatimiento,
esta grande pesadumbre...
Un cuento de antiguos tiempos
se me viene á la memoria
cuando en mi tristeza pienso.

Cae la noche lentamente,
sopla con frescura el céfiro
y el Rhin corre silencioso:
la cumbre del monte enhiesto
brilla con el resplandor
del sol poniente allá léjos.

A la vírgen más hermosa
cuyo encantador aspecto
las miradas electriza,
el monte sirve de asiento.
Lucen sus joyas de oro:
son de oro sus cabellos.

Sus cabellos de oro peina
con un peine de oro, á tiempo
que modula una cancion,
una cancion de tal género,
que embarga su melodía
y aterroriza su acento.

En su barquilla se siente
penetrado el marinero
de un loco dolor: no ve

ni rocas, ni abismos, viendo
tan sólo á la hermosa vírgen
de los dorados cabellos.

Al final se me figura
que tiene la historia término
con que las olas se tragan
la barca y el marinero.
Con su cancion Loreláy
ocasiona todo esto.

III.

Muy triste está mi corazon, muy triste.
El mes de Mayo, sin embargo, muestra
la alegre ostentacion con que se viste,
y yo, agitado por pasion siniestra,
me apoyo sobre un tilo en la llanura
de flores tapizada y de verdura.

Abajo corre el rio de la villa
apacible, azulado, silencioso,
y un niño se desliza en su barquilla
por él, silbando un canto melodioso:
del lado allá se ven pueblos y afueras,
hombres y bueyes, bosques y praderas.

Tienden ropa las jóvenes sirvientes
y corren por el césped. El molino
en los rayos del sol resplandecientes
hace danzar su polvo diamantino.
«Ven hasta mí» parece que murmura
su lontananza con sin par dulzura.

Hay én un torrëon una garita,
y un centinela jóven que se halla
vestido de encarnado y que la habita,
vá y viene sin cesar por la muralla
jugando con el arma, cuyo acero
del sol relumbra al rayo pasajero.

Juega con el fusil que al brazo lleva;
y al mismo tiempo que se mueve, espía,
presenta el arma y con fruicion la eleva,
se entretiene en hacer la puntería...
Quisiera que de un tiro pronto y cierto
sobre la arena me tendiese muerto.

IV.

Llorando yo en el bosque,
cantaba dulcemente
el tordo diligente:
«¿por qué tan triste estás?»

—«Las golondrinas, ellas
que hicieron su morada
en casa de mi amada,
ellas te lo dirán.»

V.

Húmeda está la noche y borrascosa,
el cielo sin estrellas;
por el fondo del bosque,

bajo el follaje cuyas ramas suenan,
vago yo silencioso;
y aunque á lo léjos brille y resplandezca
una luz en la casa solitaria
del morador del bosque, la tristeza
que domina allá abajo
ni el menor atractivo me presenta.

En un sillón de cuero,
inmóvil y siniestra
sin pronunciar palabra,
como imágen de piedra,
sentada allí impasible
está la abuela ciega.

Vá y viene por aquella casa el hijo
del guarda-bosque; cuelga su escopeta
de la pared colérico
y una insolente carcajada suelta.

Llora, mojando el cáñamo con lágrimas,
la jóven hilandera,
y á sus piés se acurruca
gimiendo el perro de su padre, y tiembla.

VI.

Cuando viajaba y hacia
la casualidad de modo
que á la familia encontrase
de mi amada, entónces todos,
hermanita, padre y madre
me saludaban con gozo.

Después de hacerme preguntas
relativas á mí propio,
me negaban que estuviera
desfigurado á sus ojos,
advirtiendo sólomente
la palidez de mi rostro.

Yo preguntaba por tías,
por sobrinas y por otros
fastidiosos compañeros,
y también por el cachorro
que ladraba por la casa
de tan agradable modo.

También por mi amada antigua,
unida ya en matrimonio,
preguntaba; respondiéndome
del modo más amistoso
que estaba recién parida
en aquel mismo período.

Y daba amistosamente
mi parabien, así como
les encargaba risueño
que de mi parte, á propósito,
se sirvieran saludarla
mil y mil veces en coro.

Exclamaba la hermanita
de repente que el cachorro
tan pacífico, tan lindo,
creció mucho, y que en el fondo
del Rhin tuvieron que ahogarlo
porque se puso rabioso.

La chiquita se parece
á mi amada, sobre todo
cuando rie; son iguales
sus ojos á aquellos ojos
que con su mirar han hecho
tan miserable mi horóscopo.

VII.

Mirando el mar estábamos sentados
del pescador en casa. Desde el suelo
subían de la tarde los nublados
elevándose al cielo.
Poco á poco se vió encendido el faro,
del navegante amparo,
y en lontananza apareció un navío.

Hablamos de naufragios, de borrascas,
hablamos del marino y sus azares
entre el calor y el frío,
entre el cielo y los mares,
pasando eternamente dividida
entre alegrías é inquietud la vida.

Hablábamos de costas muy remotas
al Sur y al Norte, de la rara gente
que habita esas comarcas, é igualmente
de sus raras costumbres casi ignotas.

—A la orilla del Ganges hay perfumes
y resplandores brillan;
alli fiorecen árboles gigantes,

y hermosos hombres, altos y arrogantes,
ante la flor del loto se arrodillan.

Pequeña, súcia, con enorme boca,
con el cráneo aplastado,
es la gente en Laponia. En torno al fuego
se agrupan al calor, cuecen pescado,
se dan de golpes y alborotan luego...—

Escuchaban las jóvenes atentas
y al final no habló nadie. Ya el navío
de vista se perdió. La noche estaba
del todo envuelta en su crespon sombrío.

VIII.

A mi lado vén pronto,
vén, batelera,
y sin miedo aproxima
la barca á tierra;
que mano á mano
del amor hablaremos
enamorados.

Coloca tu cabeza
sobre mi pecho:
duerme en él y descansa,
no tengas miedo
tú que te fías
de la mar borrascosa
todos los días.

Mi corazón es, niña,
como los mares;
tiene arrecifes, olas
y tempestades;
pero se encuentran
dormidas en el fondo
preciosas perlas.

IX.

Ha salido la luna iluminando
las olas. Yo me encuentro con mi amada
en mis amantes brazos recostada
y nuestros pechos juntos palpitando.
Así, á la orilla de la mar, en blando
reposo, pregunté á la amable niña:
—«¿Por qué tiembla tu blanca mano? dime.
¿Qué te murmura el viento cuando gime?»

—«No es el gemir del viento lo que escucho,
respondió: lo que escucho es los cantares
de las vírgenes puras de los mares;
á las vírgenes oigo, hermanas mías,
que en el profundo Océano
se sumergieron en aciagos días.»

X.

El viento sopla con ímpetu;
la tromba marina azota
con tan redoblados golpes,

que enfurecidas las olas
aúllan, mugen y truenan.

De las nubes tenebrosas
bajan torrentes de lluvia;
dijérase en tal zozobra
que á tragarse el viejo Océano
la vieja Noche se arroja.

A acurrucarse en el mástil
acude la gaviota,
que lanza pequeños gritos
y plañidera solloza.

Parece como que siente
una profunda congoja
y á presagiar se dispone
alguna desdicha próxima.

XI.

La tempestad se agita, silba, ruge,
aúlla. El viento con estruendo muge.
¡Héisa! ¡Cuál danza la barquilla frágil!
terrible está la noche y pavorosa.

Una montaña de agua palpitante
forma la mar furiosa;
ábrese acá un abismo, allá delante
el oléage sube
cual torre blanca en condensada nube.

Del camarote salen infinitos
rezos, clamores, maldiciones, gritos,

en espantosa y ruda algarabía.

Yo, al mástil con mis fuerzas agarrado,
me digo enagenado:

—¡Mejor por cierto en casa me estaria! (1)

XII.

Viene la noche; la niebla
cubre la extension del mar.
Las olas apénas turban
su dulce tranquilidad.
A lo léjos se levanta
una figura que va
de entre las olas surgiendo:
es el hada de la mar.

Viene y siéntase conmigo
de la playa en el divan,
descubriendo sus espaldas
blanquísimas por detrás
de sus velos entreabiertos.
Con tanta fuerza, con tal
amor me estrechan sus brazos,
que, oprimido hasta no más,
le digo: «Muy fuerte aprietas,
¡oh, hermosa hada del mar!»

(1) No es el poeta quien habla, sino el hombre. Heine describe de mano maestra la tempestad á bordo; pero ese cuadro sublime de los elementos en lucha no le fascina hasta el extremo de olvidar la calma, la seguridad del que se está en su casa. No quisiéramos ver confundido este último verso con las salidas de tono de carácter bufo tan usadas en composiciones de escritorillos de buen humor.

—«Te abrazo, dice, te oprimo
con tan vehemente ansiedad,
porque á tu lado pretendo
entrar en calor. Está
la noche tan cruda y fria!...»
La luna aparece allá
en la cumbre de las nubes
que forjan la tempestad.
—«La vista se te humedece
¡oh hermosa hada del mar!»

—«No se humedece mi vista,
responde, sino que está
humedecida, pues cuando
salí del agua á la faz,
quedó una gota en mis ojos...»
Gritos lastimeros dan
las gaviotas: gruñendo
se estrella el mar sin piedad
contra los duros peñascos.
—«Tu pecho agitando están
salvajes palpitations,
¡oh hermosa hada del mar!»

—«Agitado por salvajes
palpitations está
mi pecho en efecto, dice;
mi pecho agitan las más
salvajes palpitations;
porque te idolatro cual
ni aun yo misma con mi lengua
te lo pudiera expresar,
á tí, mi bizarro amante
de la familia de Adan:»

XIII.

Cuando me paso toda la mañana
ante tu casa, inmensa es la alegría
que experimento al verte en la ventana
á tí, chiquita mia.

Con tus ojos, de un pardo oscuro, miras
como diciendo: ¿qué es lo que tú quieres?
¿Qué buscas, extranjero que suspiras
con tal dolor? ¿Quién eres?

—«Soy poeta aleman de muchos hombres
conocido, los cuales me acreditan:
al recordar los más gloriosos nombres,
también mi nombre citan.

Y al recordar los nombres, sin embargo,
de los que sufren más duros tormentos,
hablan también de mi destino amargo
y de mis sufrimientos.» (1)

XIV.

Brillaba el mar á lo léjos
con el último fulgor

(1) Cuando citan gloriosos nombres, nadie se olvida del popular poeta; pero cuando citan los de aquellos que padecen duros tormentos, también su nombre figura dignamente en la desgraciada pléyade. Esta es la corona del artista.

del sol poniente, y sentados,
solos y mudos, los dos
nos hallábamos delante
de casa del pescador.

Levantábase la niebla
desapareciendo el sol;
su seno inflaban las olas;
rápida y sin dirección
la gaviota volaba
y de tus ojos se vió
desprenderse tiernas lágrimas,
tiernas lágrimas de amor...

Sobre tu mano corriendo
las ví con tal emoción,
que me arrodillé: en tu mano
blanquísima hincaba yo
mis labios, y al par bebía
esas lágrimas de amor...

Mi cuerpo está consumido
desde esa misma ocasión
y moribunda mi alma
de deseos y de amor.
Alma y cuerpo con sus lágrimas
la infeliz me envenenó.

XV.

Allá en el monte elevado,
entre espesuras frondosas,
hay un castillo habitado

por tres jóvenes hermosas
de cuyo amor he gozado.

El sábado me abrazó
Jetia con pasión profunda,
Julia el domingo turnó,
y el lunes casi me ahogó
á caricias *Cunegunda*.

No obstante, el martes siguiente
hubo fiesta por la noche,
y concurrió diligente
al castillo mucha gente
en sus caballos ó en coche.

No me invitaron á mí,
pero ¡qué tontas han sido!
las familias que hubo allí
lo notaron y han reído
cuchicheando entre sí.

XVI.

En el nublado horizonte,
como esas formas tan vagas
que en la niebla se dibujan,
se vé la ciudad lejana
con sus torres, del crepúsculo
vespertino rodéada.

Un leve céfiro riza
la superficie del agua
cenicienta: el marinero,

sentado sobre mi barca,
con movimiento monótono
sus remos levanta y baja.

Desprende el sol todavía
de entre las sombras que avanzan
un rayo más, y me enseña
el sitio donde mi alma
en otro tiempo ha perdido
todo lo que más amaba.

XVII.

¡Dios te guarde, oh gran ciudad
cuyo recinto guardaba
aquello que más amaba!
Torres y puertas, hablad:

—¿Dónde está mi amada bella?
Yo mismo os la confió
y sois vosotras las que
debeis responderme de ella.

Pero las torres no son
culpables; pues no podían
correr cuando la veían
marchar con tal decisión.

Lo son las puertas, que apriesa
el paso no le cerraron.
¡Oh!... al verla salir quedaron
atónitas de sorpresa.

XVIII.

Por el camino que tan bien conozco;
por las calles que siempre transitaba,
de mi amada á la casa me dirijo
tan triste á la sazon y solitaria.

¡Oh! ¡Qué estrechas las calles y qué duro
tambien el pavimento! Aquellas casas
parece que amenazan aplastarme.
Yo me apresuro y vóyme sin tardanza.

XIX.

Entré en la sala en donde oí frecuentes
juramentos de amor de mi adorada.
Donde vertió sus lágrimas mi amada
se arrastran hoy muchísimas serpientes.

XX.

La noche está muy tranquila
y las calles en silencio.
En esta casa es en donde
vivió mi amada; hace tiempo
que abandonó la ciudad
en hora funesta, pero
la casa se encuentra siempre
inmóvil en su terreno.

¡Es extraño! Hay allí un hombre
de pié, mirando hácia el cielo
y retorciendo sus manos
del dolor en los accesos.
Yo me estremezco al mirarlo...
pero al resplandor sereno
de la luna, reconozco
ser yo mismo el que estoy viendo.

Dime ¡oh tú, pálido amante,
sonámbulo compañero!
¿Por qué de ese modo imitas
los crüeles sufrimientos
del amor que tantas noches,
inmóvil en ese puesto,
mi corazón y mi alma
han torturado otro tiempo?

XXI.

¿Y cómo descansar pueden con calma
sabiendo que yo vivo todavía?
Mi cólera despierta, arde mi alma,
y á romper voy el yugo que sufría.

¿Conoces el cantar antiguo?—Vino
á media noche un muerto procurando
ver á su amada, y trémulo y sin tino
á su sepulcro la llevó arrastrando.—

Hermosa niña, créeme: vivo estoy,
y si te inspiran miedo los difuntos,
estoy vivo, mi hermosa niña, y soy
más fuerte que los muertos todos juntos.

XXII.

La jóven duerme en su cuarto;
la luna la mira trémula.
Aires de wals en la calle
voces é instrumentos suenan.
Por la ventana ver quiere
quién la turba y la despierta,
y un esqueleto que baila
y toca el violin ve afuera.

—«Tú prometiste, le dice,
bailar conmigo otra época
y has faltado á tu palabra.
Esta noche que habrá fiesta
y baile en el cementerio,
ven y serás mi pareja...»

Un espantoso deseo
de la jóven se apodera,
que hasta fuera de la casa
la arrastra con suma fuerza,
y detrás del esqueleto,
que va delante de ella
cantando y al par tocando
el violin, marcha resuelta.

Brinca el esqueleto, baila,
toca el violin, choca y suena
sus huesos; y con su cráneo
acá y acullá, hace apriesa

en el claro de la luna
mil reverencias siniestras.

XXIII.

Mirando su retrato
estaba yo embebido,
y comenzó á moverse
la dulce imágen de mi amor antiguo.

Sonrieron sus lábios
con misterio dulcísimo,
y en sus ojos se vieron
lágrimas de dolor y de cariño.

Tambien corrió mi llanto
y me dije: ¡Oh! Dios mio,
Dios mio de mi alma,
yo no puedo creer que la he perdido!

XXIV.

¡Qué desgraciado Atlas soy!
Tengo que llevar á cuestras
todo un mundo de dolores.
Llevo lo que no pudiera
llevar en sus hombros nadie,
y mi corazón se afecta
en términos que está á punto
de destrozarse de pena.

¡Oh corazón orgulloso!
Tú has querido que así sea:
quisiste ser totalmente
feliz; quisiste á la fuerza
alcanzar dicha infinita
ó infelicidad completa.
Hoy, corazón orgulloso,
eres la misma miseria! (1).

XXV.

Yo soñaba; la luna dirigia
una triste mirada
sobre la tierra y triste parecia
tambien la luz de las estrellas, cuando
en la ciudad en donde está mi amada,
á muchas leguas, me encontré soñando.

Hasta su casa me llevó mi sueño,
donde el mármol besé de la escalera,
ese mármol que fuera

(1) Este pensamiento vale un mundo de filosofía: en él se ve castigada la soberbia humana. ¡Qué extraño que el que ambiciona felicidad sin límite ó infelicidad completa, digámoslo así, jugando el todo por el todo, sufra las consecuencias de no haberse resignado á la ordinaria suerte de los mortales? Atlas, el personaje mitológico que se declaró en contra de los dioses y á favor de los titanes, fué condenado por Júpiter á sostener la tierra en sus hombros: no de otro modo castiga la Providencia al soberbio, justificando esta bella composición.

tocado tantas veces ú oprimido
por su pié tan pequeño,
por el borde ó galon de su vestido.

Era la noche fria
y la piedra tambien estaba helada;
en la ventana, en fin, ví que lucía
la cara de mi amada
por la luz de la luna iluminada.

XXVI.

¿Qué quiere de mí esta lágrima
solitaria que la vista
me enturbia? Aquí en mis ojos,
desde los antiguos dias,
permanece recordando
vicisitudes antiguas.

Muchas brillantes hermanas,
ya evaporadas, tenia:
evaporadas, por cierto,
en la noche y con las brisas
de mis eternas desgracias
y de mis fugaces dichas.

¡Ay! Mi amor tambien cual soplo
se disipó de mi vida.
Vieja y solitaria lágrima:
desvanécete de prisa.

XXVII.

De enmedio de las nubes
sale la luna pálida;
y junto al cementerio
se vé sola y pacífica
la casa del pastor.
Lee la Biblia la madre;
los ojos en la lámpara
tiene puestos el hijo;
dormita echada lánguida
la mayor de las hijas,
y dice la menor:

—«¡Ay Dios! ¡De qué manera uno se hastia!
Es preciso que entierren algun muerto
para tener algo que ver.»—«No es cierto,
le responde la madre
sin dejar un momento la lectura:
no han muerto más que cuatro desde el dia
que dieron á tu padre
allí, junto á la puerta, sepultura.»

La mayor de las jóvenes bosteza
y replica á su madre:—«Yo no quiero
más hambre á vuestro lado,
me marcharé mañana con presteza
á la casa del conde, caballero
rico y enamorado.»

Despues que el hijo dá una risotada,
—«Tres cazadores, dice, que se van

á menudo á beber á la posada,
saben hacer dinero
y su secreto á mí me enseñarán.»

La madre arroja con impulso fiero
la Biblia á su cabeza, golpeando
su flaco rostro, y dicele estallando:
—«¿Quieres ser, condenado, un bandolero?»

Entónces á la ventana
de repente llamar óyese,
y ven una mano blanca
haciendo señales fúnebres
que inspiran sério temor;
es el padre, el padre muerto,
que, abandonando su túmulo,
allí fuera se presenta
encubierto con su hábito
negro de predicador (1).

XXVIII.

Hace un tiempo horroroso;
llueve, nieva, ventéa;

(1) En este cuadro melancólico pintado á grandes rasgos y con siniestros colores, se advierte aquella nebulosidad fantástica y sombría á que tanto nos acostumbran las literaturas del Norte. El pensamiento del poeta, esto es, la intencion ulterior de estas estrofas no aparece bien clara: si trata de exponer la disolucion de una familia á la muerte de su jefe, y para mayor contraste, si el padre consagró su vida á suavizar los instintos, á inspirar sentimientos morales y piadosos, no falta por desgracia, al cuadro un colorido de verdad que pasma á los corazones nobles é induce al excepticismo.

sentado á la ventana,
mirando estoy la oscuridad que reina.

Brilla una luz muy débil
que se traspone lenta:
es una viejecita
que por la calle va con su linterna.

Vendrá de comprar huevos,
la harina y la manteca
para hacer á su jóven
hija un pastel, de su desvelo en prueba.

Bien á gusto en su casa,
recostada se encuentra
en el sofá la jóven,
cuyos ojos al sueño casi cierra.

Y la luz de la lámpara,
guiñándolos, contempla;
y sus dorados rizos
flotan sobre su frente dulce y bella (1).

XXIX.

Piensan que me afijo mucho
y que me muero de amor,

(1) Tampoco es evidente la significacion de estos versos, á no ser que el poeta establezca cierto contraste entre los afanes, los sacrificios, las penalidades de una madre anciana y el reposo muelle de la jóven; esto es, el desvelo perseverante de aquella á quien el sér debemos, pocas veces recompensado por nuestro amor del modo que se merece.

y al cabo, como los otros
me lo voy creyendo yo.

¡Oh tú, querida chiquita
de grandes ojos! Por Dios
que siempre te he dicho cuánto
te idolatro y que mi amor,
que expresarte bien no puedo,
me consume el corazón.

Pero tan sólo en mi cuarto
solitario es donde hablé
mi lengua de tal manera;
¡ay! en tu presencia no,
en tu presencia ha callado
y enmudecido mi voz.

Malos ángeles la boca
me cerraban. Por la acción
de buenos y malos ángeles,
tan desgraciado ahora soy.

XXX.

Quisiera una vez más besar tus blancos
dedos de lis,
y apretarlos también contra mi pecho,
y en el silencio, en lágrimas deshecho,
después morir.

Tus grandes ojos de violeta miro
siempre ante mí;

siempre, mi amor, me asalta este deseo:
los enigmas azules que yo veo,
¿qué significan? dí.

XXXI.

Dos se amaban y ninguno
quiso decírselo al otro.
Cual si fueran enemigos,
se miraban de reojo,
y á morir de cariño
estaban los dos muy próximos.

Se separaron al cabo,
sin verse ya más que sólo
en sueños, de tarde en tarde...
Desde tiempo muy remoto
y sin saberlo ellos mismos,
estaban muertos del todo.

XXXII.

Cuando á algun amigo mio
de mi dolor me quejé,
por contestación no hallé
sino bostezos, desví; pero cuando á mi albedrío
el dolor que mi alma siente
en versos graciosamente
redondeados vertí,
del amigo recibí
la alabanza más ardiente.

XXXIII.

Llamé al diablo y vino el diablo;
 á su vista, de sorpresa
 me sobrecogí. No es feo
 ni ciertamente cojea:
 es un hombre encantador,
 en la flor de la existencia,
 oficioso, culto, amable,
 que el mundo conoce á prueba;
 es además consumado
 diplomático y diserta
 con elocuente palabra
 sobre el Estado y la Iglesia.
 Es algo pálido; pero
 no es cosa que me sorprenda,
 porque á estudiar se dedica
 desde hace tiempo la lengua
 sanscrita y también á Hegel.
 Su predilecto poeta
 es Klopstock. No quiere nunca
 mezclarse en crítica seria,
 confiando este cuidado
 á Hécate, su cara abuela.
 Me elogió que asiduamente
 consagrarse mis tareas
 al estudio del derecho;
 él mismo también confiesa
 que en sus mocedades hubo
 de ocuparse de esa ciencia.
 Me dijo que no tenía

precio para él mi buena
 amistad, á cuya frase
 bajó cortés la cabeza;
 preguntándome por último
 si ya los dos otra época
 no nos hallamos en casa
 del embajador que era
 de España. En efecto, cuando
 ví su semblante de cerca,
 de un antiguo conocido
 noté encontrarme en presencia.

XXXIV.

Cuidado con mofarte, hombre, del diablo.
 La vida es corta y el castigo eterno
 que se nos dice haber en el infierno
 no es una vana fábula vulgar.

Tus deudas, hombre, liquidar procura.
 La vida es larga y puede todavía,
 como otras veces, presentarse un día
 que á tu crédito tengas que apelar (1).

(1) Claro es: el temor á la muerte, ó sea, el horror de la naturaleza al vacío, hace de la vida una transición efímera; no obstante, hay más días que longanizas, como dice el vulgo, para que las vicisitudes turben nuestro reposo y hagan necesario el añanzamiento de nuestro crédito. La vida es corta, la vida es larga, bajo ese doble criterio, son otras tantas amonestaciones cuya novedad no existe sinó en la forma especial de que las reviste Heine.

XXXV.

Iban los reyes magos del Oriente
preguntando por cada caserío:
«¿En dónde está, muchachos y muchachas,
de Belen el camino?»

Ni jóvenes ni viejos lo sabían.
Los reyes caminaban atraídos
por una estrella mágica dorada,
de resplandor tranquilo.

Sobre la casa de José la estrella
se detuvo, y entraron pues. El niño
gritaba, himnos los reyes entonaban,
y el buey daba mugidos (1).

(1) Nadie puede esperarse un delicioso recuerdo del Nuevo Testamento entre los breves cantos amorosos de Enrique Heine, entre la abigarrada miscelánea de amor y desengaños, de celos é ilusiones, de sueños y realidades que constituye el fondo de estos poemas. Sin embargo, hé aquí un boceto pintoresco del nacimiento del Mesías, nueva aurora del mundo, y de la Adoración de los Reyes. Lo que impresiona en estas breves estrofas es la manera, el procedimiento, esa forma objetiva donde no se trasparenta el pensamiento ni la emoción del poeta: es un género descriptivo, pictórico, por decirlo así, poco usado en las literaturas meridionales y muy propio de Heine, tan amante de la forma plástica.

XXXVI.

Cuando niños pequeñitos
éramos, mi niña amada,
íbamos al gallinero
á ocultarnos en la paja,
cantando el *quiquiriquí*
de manera tan exacta,
que oír á un gallo creía
la gente que transitaba.
En un paraje del patio
hallábamos grandes cajas,
cubriéndolas con tapices,
adoptándolas por casa
distinguida y recibiendo.
Con gran frecuencia la gata
vieja de nuestro vecino
á visitarnos entraba,
haciéndole toda clase
de cumplidos y de instancias
é inquiriendo sus noticias
con solícitas palabras.
¡Cuántas veces en el mundo,
en circunstancias análogas,
habremos hecho lo mismo
con más de una vieja gata!...
Tomábamos luego asiento
para entablar una plática
séria y grave y lamentarnos
como gente de importancia:

«¡Cuánto mejor que ahora todo
 en nuestros tiempos andaba!
 la fé, el amor, la lealtad,
 ¡de qué manera tan rápida
 desapareció todo eso
 de la sociedad humana!
 y ¡qué caro está el café!
 y la moneda ¡qué escasa!...»
 Fugaces despues pasaron
 los juegos de nuestra infancia;
 y la moneda y el tiempo,
 la lealtad acrisolada,
 la gente, la fé, el amor,
 todo es efimero y pasa.

XXXVII.

Mi pecho está oprimido, pues con pena
 pienso en las horas de la edad pasada,
 ¡Era entónces el mundo una morada
 tan cómoda! ¡La vida era tan buena!

Hoy ¡qué miseria! ¡Cuánto desconcierto!
 ¡Qué extrema confusion y sobresalto!
 El señor está muerto allá en lo alto;
 aquí abajo, tambien el diablo ha muerto.

Todo está muelle, oscuro y enojoso,
 todo un aspecto lánguido presenta.
 Sin el resto de amor que áun nos alienta,
 no hallara en nada el corazon reposo.

XXXVIII.

¡Qué brillante se ve salir la luna
 de su negro crespon de pardas nubes!
 Así de mis recuerdos tenebrosos
 una vision iluminada surge:

Sentados en el puente
 del rápido bajel,
 bajábamos por medio
 del Rhin con altivez,
 y las orillas del undoso rio,
 orladas de verdor
 brillaban á lo léjos
 con los ardores del poniente sol.

Estaba yo sentado
 pensativo á los piés
 de una tan seductora
 como hermosa mujer:
 sobre su dulce y pálido semblante
 vagaba jugueton
 un rayo todavía,
 un rayo rojo del poniente sol.

Las jóvenes cantaban,
 resonaba el laúd;
 ¡oh inmensa dicha! el cielo
 se puso más azul
 y de alegría se ensanchó mi alma;
 cual mágica vision,
 montes, castillos, bosques,
 todo pasaba rápido y veloz.

Montes, castillos, bosques y praderas:
todo en fin reflejado lo veía,
como en espejo diáfano, en los ojos
de aquella hermosa compañera mía.

XXXIX.

He visto á mi amada en sueños.
Era una pobre mujer
abatida de tristeza.
Su hermoso cuerpo, que fué
de tan marcada elegancia,
de tan flexible esbeltez,
se inclinaba ya marchito
cuando con ella soñé.
Llevaba un niño en sus brazos
y otro de la mano: al ver
su modo de andar, su traje
y su mirada ¡qué bien
se revelaba al momento
la miseria y la escasez!
Vacilando por la plaza
del mercado la encontré.
Me miró, yo con voz triste
y reposada:—«Mujer,
le dije, ven á mi casa:
estás pálida y también
parece que estás enferma;
yo te daré de comer;
á esos dos niños que vienen
contigo, los cuidaré;

pero á tí más que á ninguno,
pobre niña que te ves
desamparada en el mundo
sin apoyo ni sosten!
Lo mucho que yo te amaba
no te lo recordaré,
y serás cuando te mueras
llorada por mí también» (1).

XL.

¿A qué cantar, mi amigo, á todas horas
una misma canción?
¿Vas á estar siempre ahí firme arrellanado,
empollando los huevos de tu amor?

Obra es ¡ay! que jamás verá su término:
al cabo los polluelos ven la luz,
rompen el cascarrón, saltan y pían;
mas en tu libro los enjaulas tú.

(1) Esta canción respira neto realismo: no por eso dejan de reflejarse en ella sentimientos tiernos y espirituales. El amante sin esperanza encuentra en la miseria al ídolo de su amor y le ofrece como en los días de andanza el sublime holocausto de su cariño: la *pobre mujer abatida de tristeza* ocupa el mismo lugar en su corazón. Lleva dos niños, uno en los brazos y de la mano el otro; pero el poeta no quiere darse por entendido de que sean los hijos de su inconsecuente adorada; antes bien dice: «esos dos niños que te acompañan.» ¿Cabe más delicadeza?... Prométele protección y no recordarle nunca que la ha amado: hé aquí tanta ó más delicadeza todavía.

XLI.

No perdais la paciencia si los sones
de mi dolor pasado
resuenan casi siempre en mis canciones.

¡Esperad! que algun dia,
de mi dolor el eco disipado,
brotará una esplendente
y nueva primavera de poesía
mi corazon, al fin, convaleciente.

XLII.

Ha llegado, pues, la hora
de renunciar cuerdamente
á mi extraño desvarío:
¡há tanto tiempo que siempre
como un histrion hago farsa
conmigo mismo!... Otras veces
las ricas decoraciones
estaban brillantemente
pintadas en el estilo
romántico más solemne;
una capa me cubria
de caballero, luciente
con oro, y me perfumaban
los sentimientos mas fieles.

Mas ¡ay! cuando ya estoy cuerdo;
cuando he renunciado á ese

loco sentimentalismo,
tampoco deo de verme
tan desventurado como
si la comedia aun hiciese.

Sin darme cuenta ¡oh Dios mio!
por distraccion ó deleite,
he expresado todo aquello
que experimentaba siempre,
y cuando de gladiador
moribundo los papeles
representaba, en el pecho
llevaba tambien la muerte.

XLIII.

Lleva el rey Visvamitra resignado
sus continuos tormentos, porque ansía
ganar con penitencias dolorosas
la vaca del presbítero Vasista.

¿Qué animal, Visvamitra, eres entónces?
¡Qué! ¡Tanta lucha, penitencia tanta,
semejante tortura,
y todo, en conclusion, por una vaca! (1)

(1) Para comprender el sentido ligeramente epigramático de esta composicion tan breve como extravagante, que intercala Enrique Heine entre sus cantos de amor, es necesario conocer el fondo del poema indio el *Ramayana*, monumento antiquísimo de la literatura primitiva del mundo.—En el capítulo LIII de esta epopeya léese que Visvamitra, *el héroe de la fuerza poderosa*, comparece ante Vasista, *el príncipe de los anacoretas*, que otorga toda clase de honores á aquel *dueño de la tierra*. Enton-

XLIV.

¡Corazon, corazon mio!
 No estés triste; sobrelleva
 tu destino, que una nueva
 primavera llegará,
 cuyo benéfico soplo,
 cuya ráfaga bendita
 lo que en invierno te quita
 otra vez te lo dará.

ces el mejor de los reyes, el resplandeciente Visvamitra, despues de una conferencia amistosa hasta el extremo con el hijo de Brahma, el asceta de las duras maceraciones y el más distinguido entre los que rezan en baja voz, es convidado por este á un gran festin en union de todo su ejército, para lo cual llama á la vaca immaculada, cuya teta maravillosa da á quien la ordeña toda especie de beneficios á medida de su deseo.—En el capítulo siguiente se lee que el monarca pide á Vasista su vaca (llamada Zabalá) diciéndole: «Dame á Zabalá por cien mil vacas.» El asceta le responde que no se la daría ni por montes de plata. El rey le ofrece catorce mil elefantes con adornos de oro, ochocientos carros suntuosos, once mil corceles y diez millones de vacas, á lo que aun Vasista se niega.—El rey, segun se ve en capítulos posteriores, quiere robar la vaca; pero ésta por sí sola crea sucesivamente ejércitos y guerreras tribus que despedazan al del poderoso dueño de la tierra. Así humillado Visvamitra, cae en el desprecio de sí mismo, se retira á una selva cercana al Himalaya y se consagra á la más austera penitencia. Rehabilitado por ella, dále un génio superior nuevas armas, al parecer omnipotentes; pero, dirigidas contra Vasista, sucumbe segunda vez reconociendo que *la verdadera fuerza es inseparable del esplendor brahmánico*, y resuelve hacerse brahman á fuerza de maceraciones y de tormentos.

¡Y cuántos bienes te quedan
 para hacerte venturoso!
 ¡Es el mundo tan hermoso!
 ¡Es tan hermosa la luz!...
 Y despues, corazon mio
 que nada en el mundo esperas,
 todo, todo cuanto quieras
 áun puedes amarlo tú (1).

XLV.

Bella, graciosa y pura
 como una flor! Cuando mi pecho hierve
 mirando tu hermosura,
 se apodera de mí dulce tristeza,
 y mis manos coloco en tu cabeza
 rogando á Dios que siempre te conserve
 tu hermosura, tu gracia, tu pureza.

XLVI.

Hago todo lo que puedo,
 niña de mi corazon,

(1) Es necesario meditar, reflexionar, inspirarse para comprender los sentimientos de Heine al través de esa forma tan sencilla como ingénua. Esta composicion termina de un modo delicadísimo: despues de aconsejar á su corazon que sobrelleve sus penas con la esperanza de una nueva primavera, por decirlo así, restauradora, le mueve á saborear las hermosuras del mundo, sus bienes, sus deleites, sus resplandores, y lo que es más para un corazon hidalgo y generoso, *la dicha de amarlo todo*, el consuelo de poder amar cuanto se quiera, volviendo á hallar en los efluvios del cariño los nobles goces del alma.

para que por mí no sientas
lo que por tí siento yo;
pues si tu corazoncito
ardiera en igual amor,
te aseguro, vida mia,
que fuese tu perdicion.

Sin embargo, estoy perdiendo:
es tan claro como el sol
que mi juego es franco y limpio
como quizás no haya dos;
y más de una vez me digo
enagenado de amor:
¿Por qué no me quieres, niña,
niña de mi corazon?

XLVII.

Cuando de noche en cama
busco el reposo,
de tinieblas envuelto,
flota á mis ojos
enmedio el aire
una dulce, adorada
y hermosa imágen.

Cuando despues tranquilo
sueño me cierra
los párpados cansados,
la imágen bella
se me aparece,
ingerida en mi sueño,
sutil y breve.

Pero no se disipa
por la mañana
cuando ya mis delirios
y ensueños pasan,
sino la llevo
conmigo á todas horas
dentro del pecho.

XLVIII.

Que la nieve por fuera se amontone,
que granice, y los vientos otoñales
y el huracan azoten mis cristales,
no me lamento ni me asusto yo;
porque llevo en mi pecho á todas horas
la imágen de mi amada placentera,
y con ella una alegre primavera
eternamente está en mi corazon.

XLIX.

¿No dice bastante
mi pálido rostro
lo mucho que sufro,
lo mucho que lloro?
¿Quieres que mi boca
te lo diga todo?
¡Oh! no: es orgullosa
mi boca de modo
que besos y bromas

dar sabe tan solo.
Quizás lanzaría
un sarcasmo irónico
teniendo mi pecho
destrozado y roto.

L.

Contigo quise yo permanecer;
á tu lado anhelaba descansar:
mas tú te apresurabas á marchar
teniendo á la sazón mucho que hacer,

Entonces te juré que el alma mía
te estaba por completo consagrada:
tú soltaste una alegre carcajada
con ademán de mofa ó de ironía.

A irritar mi despecho, después de eso,
te dedicaste en fin perseverante,
y en el adiós, en el postrero instante
de despedirnos, me negaste el beso.

Pero no me supongas decidido
á saltarme los sesos ni á morir
por muy triste que fuese el porvenir:
¡esto, mi hermosa, ya me ha sucedido!...

LI.

Tus ojos son zafiros,
tus dulces ojos, tus queridos ojos.

¡Oh! dichoso tres veces
el hombre á quien suluden amorosos!

Tu corazón es rico
diamante que despide nobles rayos.
¡Oh! dichoso tres veces
el hombre por quien arda enamorado!

Tus labios son rubíes:
más bellos no los hay ni se suponen.
¡Oh! tres veces dichoso
el hombre á quien declaren tus amores!

Si yo lo conociera;
si lo encontrase sólo, allí, muy solo,
en el fondo del bosque,
toda su dicha le durara poco...

LII.

Por mucho tiempo he querido
con mis amorosas pláticas
sorprender tu corazón:
pero, en mis lazos cogido,
en cosa seria por último
se convirtió mi ficción.

Si, en tu derecho, te alejas
de mi lado ahora burlándote,
todo el poder infernal
se aproximará á mis quejas,
y entonces, saltarme el cerebro
podré de un modo formal.

LIII.

El mundo y la vida son
nada mas que unos fragmentos
desordenados y exentos
de unidad y trabazon.

Yo quiero buscar al punto
un profesor aleman
que los coordine con plan,
bajo racional conjunto.

Con su gorro de dormir
y su bata, en conclusion,
podrá de la construccion
las hendiduras cubrir.

LIV.

Teneis esta noche
brillante reunion;
teneis en la casa
iluminacion.
Allá arriba en esa
ventana con luz,
se mueve una sombra
que produces tú.

Tú no me ves: yo me oculto
en la sombra con sigilo,

y aún ménos ves en el fondo
de mi corazon sombrío.

Tú no lo ves: mi corazon sombrío
te adora, sí, te adora y se me quiebra,
se me quiebra y palpita y echa sangre...
pero tú no lo ves, no lo penetras.

LV.

Yo quisiera que todos mis dolores
tuviesen nada más que una palabra
que pudiera entregar al jugueteo
de juguetonas áuras.

Llevaran hácia tí, querida niña,
esa palabra de dolor preñada,
y á tu oreja sin trégua ni descanso
su acento resonara.

Y hasta en lo más profundo de tu sueño,
y hasta en lo más recóndito del alma,
por toda tu existencia escucharias
la dolorosa y funeral palabra.

LVI.

Tienes perlas y diamantes:
todo lo que las mujeres
necesitan y desean,
que no es poco, tú lo tienes.